

## **La *cultura nacional* como espacio emergente de articulación entre el Estado y las letras en la Argentina del centenario**

**DIEGO J. CHEIN**

UNT-CONICET, Tucumán, Argentina

### **RESUMEN**

En la Argentina del Centenario de la Revolución de Mayo, al tiempo que se recorta la especificidad de la labor intelectual en relación con el área de las actividades del “espíritu” y se especializan las funciones de la política estatal, emerge una nueva representación de la *cultura nacional* como espacio de intervenciones estratégicas dirigidas a atender tanto de las nuevas necesidades del Estado oligárquico en crisis como los requerimientos de los escritores que aspiran a la autonomía profesional. La convergencia de las respuestas de los escritores involucrados en esta nueva alianza con el Estado no responde a una coartación de su autonomía, sino a la coincidencia entre los interrogantes que el Estado les formula y las preguntas que, desde la situación histórica específica de la actividad literaria, han venido planteándose.

**PALABRAS CLAVE:** Estado, escritores, cultura nacional, Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas, Roberto Payró, centenario.

### **SUMMARY**

In the Centennial of May's Revolution in Argentina, at the same time that the specificity of the intellectual work is cut down in the area of “soul” activities, and the functions of the state's policies become specialized, a new representation of *national culture* arises. It becomes a space for strategic interventions aimed to take care of both the new needs of the broken-down oligarchic state, and the writers' requirements who seek a professional autonomy. The convergence of the answers of the authors involved in this new alliance with the state does not respond to the restriction of their autonomy, but to the concurrence between the questions the states poses and those which are posed from the specific historical situation of the literary activity.

KEY WORDS: State, writers, national culture, national literature, Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas, Centennial.

EN EL LIBRO *El más caro de los lujos*, Guillermo Gasió recupera minuciosamente el desarrollo de la Primera Exposición Nacional del Libro realizada en el Buenos Aires de 1928. Entre los conferencistas invitados se destacan las figuras de dos de los más renombrados representantes de la llamada “generación del centenario” en la literatura argentina: Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones. Exponentes ambos del nacionalismo espiritualista que deviene dominante en el campo literario argentino de comienzos del siglo XX, sus posiciones político ideológicas se han bifurcado significativamente en los albores de la segunda presidencia de Hipólito Irigoyen y del golpe militar que poco después lo derrocaría en 1930. Aún sin considerar estas diferencias, en una primera lectura, sus respectivas conferencias acerca de la situación del libro en el país se enuncian desde posiciones de inserción intelectual y literaria aparentemente opuestas: mientras Lugones contrasta las circunstancias de la producción literaria contemporánea con la de los inicios de su trayectoria desde la mirada de un escritor con plena autonomía, Rojas aborda la problemática del libro argentino desde su posición oficial como rector de la universidad de Buenos Aires.

La oposición aparente solo emerge si partimos de una mirada que contrapone la autonomía literaria con la articulación estatal. Pero, como han mostrado investigaciones como las de Miguel Dalmaroni<sup>1</sup> o las de Óscar Terán,<sup>2</sup> es precisamente esta confrontación la que se diluye hacia el centenario cuando emerge una nueva forma de articulación social de los escritores con el Estado. La significativa distancia que separa el discurso de Rojas y el de Lugones acerca de la situación del libro en Argentina constituye un punto de partida propicio para capturar las líneas fundamentales de continuidad que disuelven la contradicción aparente y comenzar a reconstruir retrospectivamente la matriz de representaciones y articulaciones sociales que define la nueva forma de las relaciones entre escritores y Estado hacia el centenario.

- 
1. Miguel Dalmaroni, *Una república de las letras. Lugones, Rojas, Payró. Escritores argentinos y Estado*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2006.
  2. Óscar Terán, “El fin de siglo argentino: democracia y nación”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Nos. 517-519, 1993.

Un punto de partida iluminador para comenzar a desmenuzar la matriz común en la que convergen la perspectiva de la autonomía del escritor profesional desplegada en su conferencia por Lugones y la de la gestión cultural y educativa presentada por el rector de la universidad de Buenos Aires, Ricardo Rojas, es el contraste entre las referencias que ambos hacen a la condición del mecenazgo en la literatura.

Lugones describe una trayectoria en la que los escritores argentinos que, como él mismo, se iniciaban a fines del siglo XIX, atraviesan un proceso de transformaciones sustanciales desde una situación plena de dificultades para el desarrollo de la literatura como profesión, caracterizada por las contribuciones no remuneradas para la prensa, un mercado muy reducido para las obras nacionales y la necesidad de recurrir a mecenas capaces de subsidiar sus publicaciones, hasta las circunstancias contemporáneas, en las que los escritores nacionales alcanzarían a hacer valer sus derechos como profesionales de la literatura y se expandiría considerablemente el mercado para la edición de sus libros. Desde su punto de vista, los héroes de esta empresa son los escritores de su generación que, a partir de las luchas por el reconocimiento del valor de su trabajo profesional, de su persistencia desinteresada para vencer los obstáculos para su desarrollo y la paciente formación de un público lector, habrían logrado conformar hacia 1928 una cultura letrada nacional admirable.<sup>3</sup>

Pero, en las alusiones a las situaciones de mecenazgo habituales en los inicios de su trayectoria, el tono general que celebra la profesionalización y autonomía de los dos escritores como un verdadero progreso, se halla matizado con unas notas positivas de añoranza que a modo de indicios delinean el contorno de una carencia. Conmemora, por ejemplo, el Ateneo de la calle Florida, “institución creada también por un puñado de hombres de buena voluntad y que sostenía de su peculio particular, sobre todo con su buena voluntad y su benevolencia caballeresca, don Carlos Vega Belgrano”.<sup>4</sup> Estima que, como contracara de las dificultades económicas para sostener la profesión literaria, “en el

---

3. “Fue la persistencia desinteresada de los escritores, que sin otro móvil que el amor a la gloria y también para muchos de ellos –lo digo porque me consta– el amor a la patria siguieron produciendo, es decir, haciendo los libros que los impresores y los editores pueden imprimir y expender, porque sin la escritura primero no hay editor, impresor ni librero que valgan por cuenta propia”, en Guillermo Gasió, *El más caro de los lujos: Primera Exposición Nacional del Libro. Teatro Cervantes, septiembre de 1928*, Buenos Aires, Teseo, 2008, p. 76.

4. *Ibid.*, p. 71.

terreno social andaban mucho mejor las cosas”, dado que “en los centros donde se leía” existía “una consideración, si no mayor, quizás más amistosa por los hombres de letras”. A continuación, recuerda con gratitud que las dedicatorias de su poemario *Las montañas del oro* y de las *Prosas profanas* de Rubén Darío inscribían “para honor de quienes lo hicieron, el nombre de los amigos que lo costearon”.<sup>5</sup>

El discurso, que construye como progreso alcanzado la profesionalización de los escritores a partir de la expansión de un mercado para las letras nacionales, deja entrever en el diagnóstico de la situación contemporánea una falta. A pesar de lo ganado, hay algo que se ha perdido o, al menos, que resta alcanzar. La “benevolencia”, la “buena voluntad”, y la actitud “amigable” de la alta sociedad hacia los hombres de letras son señaladas como una carencia del presente en relación con las circunstancias ideales para el escritor nacional.

Por su parte, la conferencia de Ricardo Rojas arriba a la mención del mecenazgo desde una dirección completamente diferente. Rojas elogia los resultados y promueve la continuidad de una empresa conjunta entre el Estado y la sociedad, la universidad y los intelectuales, para la construcción de una floreciente cultura nacional. En este contexto, la referencia se desliza como una aclaración necesaria: “Podemos repetir aquí que el pueblo es el único Mecenazgo digno de un escritor moderno y que de él depende la selección de las obras y el abaratamiento de los libros.”<sup>6</sup>

La salvedad apunta a la afirmación de que su auspicio de la intervención del Estado y sus instituciones en el ámbito de la producción letrada de ninguna manera debe ser interpretado como una promoción de alguna nueva forma de mecenazgo y disolución de la autonomía que el mercado debe proveer a un escritor profesional.

Mientras en el discurso de Lugones, los matices de añoranza en torno de la relación de mecenazgo sugieren una carencia en el celebrado proceso de constitución y expansión de un mercado para la literatura nacional, en el de Rojas, se alienta una forma de intervención del Estado que no establezca algún tipo de mecenazgo que pueda hacer mella a la autonomía que el mercado en expansión estimula. La matriz de representaciones en las que ambas perspectivas tienen cabida, la que en torno al centenario atraviesa la producción de escritores como Rojas o Lugones, no opone la autonomía a la intervención estatal y a la articulación de los escritores con el Estado. Por el contrario, tal como ha seña-

---

5. *Ibíd.*, p. 75.

6. *Ibíd.*, pp. 31-32.

lado Miguel Dalmaroni, en la primera década del siglo XX, numerosos escritores de renombre, tales como Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas, Roberto Payró o el mismo Paul Groussac, demandan o sueñan con una intervención del Estado capaz de proveer los medios de una autonomía que el mercado aún no está en condiciones de garantizar por completo.<sup>7</sup> En este marco de sentido, la propuesta de una intervención estatal sin mecenazgo de Ricardo Rojas puede interpretarse como una posible respuesta a las carencias que Lugones sugiere cuando evoca las relaciones de mecenazgo de fines de siglo.

Nuestra investigación acerca de la articulación del primer nativismo argentino en las dos últimas décadas del siglo XIX mantiene numerosos puntos de contacto con la propuesta de Dalmaroni.<sup>8</sup> En este período, la figura del riojano Joaquín Víctor González, escritor y ministro del presidente Julio Argentino Roca, encarna la configuración de un nuevo tipo de letrado, distinto del tradicional escritor civil, en el que una función literaria en trance de autonomización se vincula con la política del Estado de un modo diferente (asumiendo el rol de guía espiritual, sobre todo en relación con los aspectos más directamente culturales de la política del Estado, como la política educativa), y que, como consecuencia de ello, operaba un nuevo modo de mediación entre la emergente dinámica de un campo intelectual y literario y la política del Estado. La posición nativista de una literatura regional-nacional que articula González<sup>9</sup> inicia una vía de especialización y autonomización de la literatura, paralela y diferente a la que se desarrolla con el modernismo, que permite explicar de un modo sustancial y positivo muchos de los aspectos de lo que (negativamente, desde el modelo teórico de Pierre Bourdieu)<sup>10</sup> se identifican como una situación de “heteronomía” del campo literario argentino.

- 
7. M. Dalmaroni, *Una república de las letras. Lugones, Rojas, Payró. Escritores argentinos y Estado*.
  8. Cfr. Diego Chein, *La invención literaria del folklore. Joaquín V. González y la otra modernidad*, San Miguel de Tucumán, edición del autor, 2007.
  9. El poeta Rafael Obligado es otro de los escritores que, desde la década de 1880, definen, junto a González, el perfil de la nueva posición literaria. En la década siguiente, el entrerriano Martiniano Leguizamón da continuidad y profundiza aspectos significativos de esta línea nativista, al tiempo que otros escritores emergentes, como José S. Álvarez o Roberto J. Payró, desarrollan una trayectoria literaria inicial muy próxima al programa nativista para una literatura regional-nacional esbozado por González.
  10. Me refiero al modelo del campo literario, cuyo desarrollo más exhaustivo se encuentra en Pierre Bourdieu, *Las reglas del arte: génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama, 1997.

Dalmaroni ofrece un examen acerca de las relaciones entre el Estado roquista y los intelectuales, sobre la base del cual articulamos las hipótesis que aquí desarrollamos. El autor explica la alianza que se constituye entre los nuevos escritores y el Estado, tanto a partir de la dependencia y la disimetría en relación con las metrópolis culturales, que hacen que los escritores nacionales “sueñen” con una autonomía que la modernización del mercado cultural del país aún no está en condiciones de proporcionar y cuya garantía se reclama entonces al Estado, como de la vocación de cooptación intelectual por parte de un Estado liberal modernizador, orientado por una fracción de la clase oligárquica que impulsa “las reformas sociales tanto como una profesionalización de la dirigencia institucional fundada en su ‘ilustración’ ”.<sup>11</sup> Esta línea de indagación, explorada también por otros autores como Óscar Terán, apunta a dar cuenta de las causas de esta alianza desde una mirada compleja que persigue las dos direcciones de este encuentro, atendiendo, simultáneamente, a lo que moviliza la acción del Estado y a las motivaciones específicas que promueve la situación particular de los escritores.

Ante las presiones de nuevos sectores urbanos populares y de clase media que cuestionan la hegemonía oligárquica, el Estado roquista despliega nuevas estrategias de negociación que intentan recomponer la hegemonía de la oligarquía en nuevos términos. En este contexto, la cuestión de la democracia electoral se constituye en uno de los problemas nodales.<sup>12</sup> La asunción del discurso liberal de la democracia por parte de estos sectores sociales hegemónicos plantea una contradicción central en torno a la representación del pueblo: el pueblo como fundamento de la soberanía del estado y el pueblo como amenaza de la hegemonía oligárquica. La necesidad de conservar el poder a partir de la generación de consensos impulsa el desarrollo de nuevas estrategias para formar la ciudadanía que el Estado oligárquico requiere. La voluntad popular a la que debe seguir el Estado es una voluntad que antes debe ser educada para el consenso con los intereses de la oligarquía.

---

11. Dalmaroni, *Una república de las letras*. Lugones, Rojas, Payró. *Escritores argentinos y Estado*, p. 38.

12. La Ley Sáenz Peña, que establece el sufragio universal (masculino), secreto y obligatorio, se sanciona en Argentina en 1912 y en 1916; las primeras elecciones en que fue aplicada, la Unión Cívica Radical asume por primera vez el poder a través de la presidencia de Hipólito Yrigoyen.

Por otro lado, las necesidades de los escritores argentinos que promueven la búsqueda de esta alianza con el Estado pueden ser recuperadas a partir del examen de las conferencias de Rojas y de Lugones que venimos analizando.

El registro que los diarios *La Nación* y *La Prensa* publican acerca del discurso de Lugones establece que a finales del siglo XIX la prensa argentina, que abonaba regularmente la labor periodística de los escritores, no retribuía sus contribuciones literarias, con la sola excepción de los escritores extranjeros. Se añade que “el libro argentino no constituía en ese entonces un artículo de librería, pues estas instituciones comerciales solo operaban con las obras extranjeras”.<sup>13</sup> A pesar de que esta situación se plantea como la de un pasado en buena medida superado, el juicio del autor que identifica como “muy argentino” el favoritismo nacional respecto de los autores extranjeros infunde cierta atemporalidad a estas referencias y sugiere alguna continuidad en el presente.

También la conferencia de Rojas apunta al mismo problema de los escritores nacionales, pero esta vez, en relación directa con el presente: “Nuestros mejores libros continúan siendo caros por su circulación restringida, de escasa influencia nacional, por sugerencias exóticas que alejan a muchos lectores.”<sup>14</sup>

Estos planteos revelan que la carencia, que Lugones como escritor independiente señala, y que Rojas como representante de una institución educativa del Estado propone subsanar, apunta a un mercado y unos mecanismos de circulación de la literatura que no solo dificultan la competencia de los escritores nacionales con la literatura extranjera, sino que distan del modelo de profesionalización y autonomía que a partir del conocimiento de la literatura extranjera contemporánea los escritores nacionales han asumido como ideal en el contexto de unas condiciones materiales que no alcanzan a cumplirlo.

Tanto Rojas como Lugones han tenido una participación efectiva en esta alianza entre los escritores y el Estado que apunta a resolver las necesidades de ambas partes. Ambos ocuparon funciones públicas ligadas al sistema educativo nacional, y, aun antes de ello, manifestaron su interés por la política educativa en algunas de sus publicaciones. Tanto uno como el otro fueron cooptados por el Estado roquista, a través de la mediación del ministro Joaquín V. González, para desarrollar misiones especialmente encomendadas. *El imperio*

---

13. En Gasió, *El más caro de los lujos...*, p. 80.

14. *Ibíd.*, p. 32.

*jesuítico* es el resultado de esta misión en la obra de Lugones<sup>15</sup> y *La restauración nacionalista*, en la de Rojas.

González, como representante de la fracción reformista e ilustrada de la oligarquía, requiere la participación de estos escritores, también descendientes de las oligarquías de provincia como él mismo, en calidad de intelectuales. La amplitud creativa y la audacia polémica de ambas obras, la enorme distancia que las separa de un típico informe gubernamental, permiten observar hasta qué punto la alianza entre escritores y Estado no es percibida como una situación que involucre la pérdida de autonomía del intelectual por ninguna de las partes. El Estado no solo permite, sino que pretende que estos intelectuales respondan a su requerimiento en cuanto tales.

Por otro lado, Gustavo Bombini, y luego Miguel Dalmaroni, han apuntado que en los textos de reflexión acerca de la educación nacional de ambos (*Didáctica* de Lugones y *La restauración nacionalista* de Rojas):

un punto decisivo de los programas que escriben para la instrucción pública es la prioridad de la lectura escolar de literatura moderna o actual, y argentina, antes que la de los clásicos o los extranjeros. En la estrategia coincidente, resulta obvio que los dos escritores intervienen en la planificación estatal de la enseñanza para promover y legitimar la modernización de las letras de la que forman parte como *artistas*.<sup>16</sup>

Interpelados por el Estado en cuando intelectuales, estos escritores que traban una alianza que busca resguardar su autonomía, ejercen de hecho una libertad sin coerciones pero sobredeterminada por un conjunto de condiciones que explican sus respuestas a esa interpelación que confluye significativamente en una dirección similar. Si bien el Estado no impone vallas a las respuestas de estos escritores interpelados, las preguntas que les dirige circunscriben su alcance en los lindes de una problemática definida. Se trata de unos interrogantes que apuntan a las cuestiones que preocupan a la amenazada hegemonía oligárquica: la disolución que acarrea la progresiva democratización y la necesidad de una formación de la ciudadanía para revertirla.

---

15. En su obra, Dalmaroni examina la articulación de *El imperio jesuítico* de Lugones con el programa para una auténtica literatura nacional que González había propuesto en *La tradición nacional*.

16. M. Dalmaroni, *Una república de las letras*, p. 52.



Como señala Óscar Terán, desde la década de 1890, la problemática de la democracia alcanza un punto de centralidad y conflictividad inéditas. Si con anterioridad, el discurso racionalista e individualista de la democracia resultaba adecuado en un contexto en el que la pugna por las decisiones políticas se reducía significativamente al alcance de la clase oligárquica dirigente, desde entonces la situación comienza a desbordar estos límites y el discurso liberal se enfrenta inevitablemente con sus contradicciones:

La emergencia del nuevo sujeto social constituido por las multitudes, que fue una problemática de características internacionales, en el caso argentino se vinculó con el fenómeno inmigratorio y con la cuestión democrática, en la medida en que alrededor de la nacionalización de las masas se jugaba asimismo el derecho a la participación electoral.<sup>17</sup>

La contradicción inherente al discurso ilustrado y liberal acerca de la democracia (el pueblo como fundamento de la soberanía del Estado y de la legitimidad de un gobierno y el pueblo como sujeto incivilizado e incapaz de guiar sus destinos hacia el progreso racional) alcanza un punto álgido cuando emergen y se consolidan progresivamente las presiones de nuevos sectores sociales que disputan el poder político. Numerosos escritores de la época abordan esta problemática. Las reacciones ante la visibilidad de estas contradicciones simbólicas y de estos conflictos materiales se ubican, en el interior del emergente campo intelectual y en el seno mismo de la obra de cada autor, en una amplia gama de respuestas, desde el rechazo liso y llano de la democracia, hasta su defensa, pasando por toda una variedad de modos de poner límites al ideal abstracto.

Años antes de su conocida prédica militarista de “La hora de la espada”, Lugones manifiesta su desprecio hacia la democracia en la introducción con que publica sus conferencias de *El payador*:

La plebe ultramarina, que a semejanza de los mendigos ingratos, nos armaba escándalo en el zaguán desató contra mí al instante sus cómplices mulatos y sus sectarios mestizos. Solemnes, tremebundos, inmunes con la representación parlamentaria, así se vinieron. La ralea mayoritaria paladeó un instante el

---

17. Ó. Terán, “El fin de siglo argentino: democracia y nación”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Nos. 517-519, p. 45.

quimérico pregusto de manchar un escritor a quien nunca habían tentado las lujurias del sufragio universal.<sup>18</sup>

En su libro *Blasón de Plata* de 1910, abordando en forma directa el conflicto de la lucha de clases que amenazaba la hegemonía, Rojas lanza un llamado a la pacificación de los reclamos obreros en nombre de la nación y la democracia: “¿A qué prender en su asta heroica y febea [la del pabellón nacional] el trapo rojo de la reivindicación socialista? No hay justicia democrática que no esté contenida en las posibilidades ideales de nuestra Revolución.<sup>19</sup>

Pero la cuestión de las masas y de la democracia no es sencillamente una problemática del campo político que sea asumida por los escritores solo a partir de la cooptación estatal. Se trata de una problemática que alcanza una significación inmediata en el campo intelectual y literario, es decir, en relación con las condiciones socioculturales específicas de esta actividad. Así lo sugiere Rojas, cuando en la “Advertencia” que introduce su quinto tomo de la *Historia de la literatura argentina*, dedicado a “Los proscriptos”, desliza, en relación con el término elegido para designar a los autores nacionales del período que comprende desde la revolución de la independencia hasta la organización nacional del Estado liberal, un último argumento:

Este otro nombre despierta además mi simpatía, porque artistas, poetas y pensadores continuamos siendo los desterrados de cada generación, en esta incipiente sociedad nuestra, donde la ganadería y el plebiscito son los parnasos de la muchedumbre.<sup>20</sup>

La emergencia de las “multitudes” como una problemática amenazante tanto en la política como en la literatura ya había sido advertida desde fines del siglo XIX por Joaquín V. González. Y en el polo opuesto del nativismo encabezado por González, también el modernismo articulaba su posición estética en respuesta a esta problemática. Es lo que argumenta Terán:

me interesa aquí observar algunos rasgos reactivos dentro de la cultura intelectual argentina que presenciaron no sin alarma, la eventual amenaza de la participación de las masas en la escena pública, esto es, las consecuen-

---

18. Leopoldo Lugones, *El payador y antología de poesía y prosa*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, p. 15.

19. Ricardo Rojas, *Blasón de plata*, Buenos Aires, Martín García Editor, 1910, p. 241.

20. Ricardo Rojas, *Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Losada, 1948, t. V, p. 10.

cias para ellos no deseadas de la expansión democrática. Sin duda, el modernismo cultural ofreció un venero ideológico apto para esta recusación de igualitarismo “mesocrático”, ya que si este movimiento hallaría una de las legitimaciones de su propia estética en la construcción de una antinomia entre lo útil y lo bello, una análoga correspondencia podía encontrarse entre el valor “alto” asignado a la aristocracia y su opuesto implícito en el concepto de democracia. Esta última no aludía solamente a un tipo de legitimidad política fundado en la soberanía popular, sino que se colocaba en las antípodas de la noción de “aristocracia”, que concentraba las bondades de lo espiritual contra las vulgaridades del mal gusto “burgués”.<sup>21</sup>

Los escritores del centenario como Lugones y Rojas responden a las preguntas formuladas por el Estado de un modo relativamente convergente porque esas preguntas conectan con otras que ellos mismos ya han comenzado a formularse en relación con su propia condición de escritores ante el temido avance de las masas. Y esto ocurre, no solo por temor a la participación política de las muchedumbres, sino, fundamentalmente, a su avance en el terreno mismo de la literatura. La oposición entre la utilidad y la belleza que atraviesa tanto las posiciones finiseculares del modernismo como las del nativismo, el discurso de una aristocracia del espíritu que recorre las nuevas formas de sociabilidad intelectual,<sup>22</sup> pueden explicarse, en buena medida, como una respuesta a la constitución de las masas como sujetos de una nueva forma de producción y consumo cultural. Antes de que el Estado se los requiera, los intelectuales que asumen las distintas posiciones en el emergente campo finisecular, a partir de la experiencia de sus propias condiciones de inserción social, están ya haciéndose estas preguntas.

Sobre la base de una progresiva campaña de alfabetización popular, la expansión de una prensa moderna de alcance masivo y el éxito rotundo del folletín criollo desde la década de 1880 materializan la constitución de nuevos circuitos de producción y consumo de la escritura que exceden ampliamente los límites de la elite.<sup>23</sup> Los mismos medios que abren la posibilidad de la pro-

---

21. Ó. Terán, “El fin de siglo argentino: democracia y nación”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Nos. 517-519, p. 43.

22. Cfr. Leandro Losada, “La alta sociedad, el mundo de la cultura y la modernización en la Buenos Aires del cambio del siglo XIX al XX”, en *Anuario de Estudios Americanos*, No. 63, 2, julio-diciembre, Sevilla, 2006.

23. Cfr. Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.

fesionalización y autonomización del escritor son percibidos como una amenaza hacia la cultura y la literatura de elite. De un modo homólogo a la oposición entre el pueblo como fundamento de la soberanía y el pueblo como amenaza al orden de un progreso racional en los destinos de la nación, los escritores experimentan la oposición entre el pueblo como público lector deseado y el pueblo como sujeto del mal gusto, de la vulgaridad.<sup>24</sup> En fuerte tensión con la ambición de ser reconocidos por sus pares por los valores específicos que comienzan a definir lo literario, la conquista del gusto popular los hace pasibles del estigma de la vulgaridad.<sup>25</sup>

El deseo de ser leídos por el “gran público”, que en González ya se manifestaba como una necesidad ideológica,<sup>26</sup> en los jóvenes escritores que se inician a comienzos del nuevo siglo remite también a la búsqueda de profesionalización a partir de la captación de un público lector.<sup>27</sup> En relación

- 
24. Cfr. Diego Chein, “Pueblo-Nación, Pueblo-Clase, Pueblo-Masa. Sentidos de lo ‘popular’ en la articulación sociocultural de la literatura nativista argentina”, en *Espéculo. Revista de estudios literarios* (<http://www.ucm.es/info/especulo/numero40/nativarg.html>), Universidad Complutense de Madrid, No. noviembre de 2008 a febrero de 2009, año XIV, 2008.
25. Estigma que, desde luego, ellos mismos no dudan en arrojar cuando desmerecen la obra de algunos de sus pares. Por ejemplo, Rojas, en su ensayo *Alma española* de 1907, dictaminaba acerca de la obra dramática del español José Echegaray: “Si la obra dramática no concurre a otro objeto que el de conmover al público por una sucesión de escenas emocionantes, realiza la conquista inmediata del aplauso pero muere pronto. Y se podría demostrar que toda la máquina de Echegaray está montada principalmente para ese fin” (Ricardo Rojas, *El alma española. Ensayo sobre la moderna literatura castellana*, Valencia, Ed. Sempere, s.f., p. 139).
26. La misma necesidad a la que apela Lugones cuando en *El payador*, establece el requisito de popularidad de la épica, “porque todo grande arte social, como la epopeya, la ópera, la arquitectura pública, deben buscar los medios conducentes a la popularidad” (Lugones, *El payador y antología de poesía y prosa*, p. 33), para poder cumplir con su “utilidad docente sobre el espíritu de los pueblos” (*ibíd.*, p. 28). Hasta tal punto la popularidad es objeto de perspectivas contradictorias por parte de los escritores del emergente campo literario, que el mismo Lugones, cuando escribe su colección de relatos épicos en *La guerra gaucha*, lejos de aplicar los principios que aquí sugiere, crea un texto de dificultades de legibilidad casi insuperables aún para un lector culto de la época.
27. Las mujeres eran, evidentemente, un componente sustancial del nuevo público en expansión. Manuel Gálvez, un compañero de armas en los inicios de la trayectoria de Rojas, preocupado por la posibilidad de profesionalizarse como novelista, manifestaba una clara conciencia de ello: “Triste ‘oficio’ es el de escritor en nuestra patria. Aun en pleno triunfo, el escritor nada significa. La mujer, sobre todo, ignora a los escritores, y, lo que es más doloroso, desconoce la importancia de la labor literaria; no sospecha la utilidad social del Arte, ni su jerárquica primacía en el orden de los valores humanos.

con la formación que se articuló en torno de la revista literaria *Ideas*, a propósito de un artículo de Rojas sobre la editorial española Sempere, Verónica Delgado destaca la voluntad de promoción de un modelo

para la relación de los escritores jóvenes de la alta cultura letrada en modernización con un mercado posible, sustentado en su alianza ineludible y beneficiosa con los proyectos culturales populares y divulgadores de calidad, que a su vez proveyeran a los nuevos escritores argentinos formas de publicación alternativas –en el formato libro– y ya no las inaccesibles de los librerías-editores.<sup>28</sup>

Tanto desde el punto de vista político como desde el punto de vista de la actividad literaria, el pueblo se constituye a la vez en objeto de deseo y de rechazo. Blanco de apuestas para la conformación de un nuevo consenso social y para la generación de un nuevo público lector, el pueblo aparece ante la perspectiva de estos intelectuales como un problema que urge resolver:

Fluctúa aquí la familia entre la disolución del conventillo y la sensualidad del palacio, quedando por averiguarse dónde se esconde más inmoralidad, si en esta abundancia o en aquella miseria. Ignorancia y cosmopolitismo de origen en casa del obrero; ignorancia, vanidad y cosmopolitismo de gustos en casa del burgués: ni una ni otra pueden ser santuarios de civismo.<sup>29</sup>

Construido mediante las coordenadas de sentido características de la perspectiva letrada propia de un campo intelectual en proceso de constitución y consolidación, el pueblo, que en contraposición con los intelectuales reúne

---

Por esta causa, principalmente, no existe todavía una literatura 'argentina'. Pero si la mujer amase la Belleza, nuestra patria habría llegado, en el progreso de la cultura, a una etapa más avanzada que la actual. La mujer, con más tiempo para sus lecturas que el hombre y con una vida social más intensa, con más generosidad, más sensibilidad, menos prejuicios, y hasta –sospecho– con más inteligencia, propagaría fácilmente las excelencias de los escritores y los libros y despertaría interés por ellos, pues poco a poco el tema literario llegaría a ocupar, como en las grandes ciudades de Europa, el sitio que le corresponde en las conversaciones de la gente culta" (Manuel Gálvez, *La vida múltiple*, Buenos Aires, Sociedad Cooperativa "Nosotros", 1916, pp. 173-174).

28. Verónica Delgado, "Novela y mercado en *Ideas* (1903-1905)", en *Espéculo. Revista de estudios literarios* (<http://www.ucm.es/info/especulo/numero39/novideas.html>), No. 39, Universidad Complutense de Madrid, julio-octubre de 2008, año XIII, pp. sin numeración.

29. R. Rojas, *Blasón de plata*, p. 390.

tanto al “burgués” como al “obrero”,<sup>30</sup> es objeto de un diagnóstico que apunta simultáneamente a las carencias en el plano moral, en el del saber y en el de los gustos; es decir, en todo aquello que, como producto de la emergencia del mismo campo, comienza a ser nítidamente deslindado como el área propia del *espíritu*. Y es precisamente esta área, la del espíritu o la cultura, la que se constituye desde el punto de vista de estos nuevos sujetos intelectuales del centenario en el fundamento de su especificidad y en el lugar estratégico de las apuestas para articular la política estatal y la literatura y para resolver las contradicciones que aquejan a ambas. No es la literatura misma el terreno donde los escritores reclaman una intervención del Estado (lo cual redundaría en una coartación de su autonomía), sino en este nuevo espacio más amplio que emerge como la *cultura nacional*. Y, como especialistas, se arrogan (y, en buena medida se les concede) el derecho de orientar esta intervención capaz de producir tanto a los ciudadanos que el Estado necesita como al público lector que los escritores requieren.

El moderno sistema educativo aparece como una herramienta clave para la intervención del Estado en el espacio de la cultura nacional; y la literatura nacional se propone como un medio idóneo para concretar estas estrategias. Desde la perspectiva de los intereses propios de los escritores, no se trata sencillamente de utilizar las instituciones educativas como instrumento de circulación y difusión de una literatura que no ha alcanzado su articulación óptima en el mercado, sino de intervenir mediante la planificación educativa y mediante la producción de los materiales adecuados en las sustancia misma de la formación espiritual. El sistema educativo resulta un punto de acceso privilegiado al área más vasta de la cultura nacional, en la que se dirimen los conflictos de la moral y la conciencia ciudadana, de la literatura elevada y los nuevos circuitos masivos de la letra.

Otro de los puntos estratégicos de intervención en la dinámica de este espacio, del cual Lugones y Rojas manifiestan una clara conciencia, es el de la prensa masiva. En su conferencia, Lugones alude al papel histórico desempeñado por la prensa argentina en el proceso cultural que culmina en esta exitosa Primera Exposición Nacional del Libro:

---

30. Categoría que ya aparecía a fines del siglo XIX en el discurso de González cuando, en *La tradición nacional*, planteaba la necesidad de una literatura capaz de imbuir de patriotismo al “pobre que vive alejado de los grandes círculos y al que entrega sus horas fatigosas al vértigo de la fortuna” (Joaquín V. González, *La tradición nacional*, Buenos Aires, Ediciones de la Librería “La Facultad”, 1930, p. 74), al “gran público” que leía periódicos y almanques en lugar de libros.

Debemos precisamente a la acción de esa prensa, entre cuyos miembros me cuento con honor y orgullo, tras treinta y cinco años ya de carrera periodística, la difusión de la lectura, que tanto asombra en un país como el nuestro, no solo en lo relativo a diarios, según era en ese momento, sino en lo que concierne ahora a todas las manifestaciones de la actividad intelectual.<sup>31</sup>

En su informe para el Estado, *La restauración nacionalista*, con el propósito de completar su diagnóstico sobre la situación de la educación en Argentina, Rojas también hace referencia al papel de la prensa, pero en este caso, a su incidencia negativa:

Varias columnas de crónica social, que suele ser, en extensión e inocuidad, ni más ni menos que en los periódicos de Madrid su larga crónica de toros, estimulan la vanidad femenina, continuando la deliciosa educación del *Sacre Coeur* que *Ellas* reciben. Una página de carreras satisface la curiosidad de las muchedumbres que en la ciudad viven para ellas, y dan a un caballo o a su *jockey* la admiración que otros pueblos dispensan a su gran poeta o a su primer trágico. [...] El cuadro no es halagüeño, sin duda; pero no he querido omitir sus detalles, porque aparte de ser un reflejo de nuestra vida actual, el periódico, y como él la revista y el libro, son las continuaciones de la escuela, interesándonos, por consiguiente, la obra de educación o de extravío que ellos realizan en la sociedad.<sup>32</sup>

La escuela, la prensa y la actividad literaria se articulan como factores interdependientes del complejo espacio de la cultura nacional. Asimismo, el problema de las carencias de una conciencia cívica nacional aparece directamente asociado con la falta de interés por las obras de los escritores nacionales.<sup>33</sup>

---

31. En Gasió, *El más caro de los lujos...*, p. 73. La conflictiva relación con la popularidad de la prensa aquí celebrada, se pone paradójicamente de manifiesto en el hecho de que Lugones se vio impelido a dirigir una carta al periódico *La Nación*, donde fue publicada esta conferencia, para exigir que se aclarara que la transcripción había sido tomada de la fuente oral y que la misma conferencia había sido improvisada oralmente, todo esto con el fin de salvaguardar “por estrictez profesional, el crédito de mi firma” (*ibid.*, p. 79).

32. Ricardo Rojas, *La Restauración Nacionalista*, Buenos Aires, A. Peña Lillo Editor, 1971, pp. 134-135.

33. No constituye un detalle menor que, en su informe gubernamental orientado a diagnosticar y diseñar un plan educativo para una adecuada formación ciudadana, la falta de interés del público lector hacia los escritores nacionales constituya una referencia reiterada. Por ejemplo, unas páginas más adelante, Rojas insiste: “Así se explica que estén saliendo de nuestras escuelas argentinos: sin conciencia de su territorio, sin ide-

También en la conferencia pronunciada por Rojas como rector de la universidad en la Exposición de 1928, aparece un llamado a la prensa (y a las editoriales) para que concurra a la tarea de fomentar la lectura de los autores nacionales.<sup>34</sup>

La cultura nacional, como espacio pleno de articulación de las acciones de los diferentes actores de la producción, la formación y la circulación cultural, emerge como el lugar estratégico de intervención tanto para mediar las contradicciones que aquejan a la hegemonía oligárquica como las que afectan a los escritores.

Así, por ejemplo, en relación con los conflictos del plano político, la mirada selectiva de Rojas, que eleva la obra de Moreno a tradición nacional, es capaz de leer en sus escritos una noción de democracia que es precisamente la que el Estado contemporáneo necesita para negociar con las presiones populares:

La actitud de Mariano Moreno, durante los meses fugaces de su actuación, nos revela que sentía de un modo apostólico la democracia, pero que la sabía impracticable sin la difusión de la cultura, que esclarece la razón popular, y hace del sufragio, no mero acto exterior, sino consciente deliberación de cada ciudadano. [...] Si la democracia ha de consistir en elección de gobernantes obtusos por mayoría volubles, o sea en ignominiosa tiranía de la mediocridad exaltada y del número irresponsable, valiera más renunciar a la democracia; pero esta no consistió jamás, según el acendrado ideal de sus filósofos, ni en esas tómbolas del sufragio, ni en esas algazaras del parlamento, sino en la realización de la libertad de cada uno por la justicia de todos. La democracia es, por consiguiente, el método más perfecto de cultura social que los hombres hayan practicado hasta hoy, para la realización de la belleza y el bien. [...] Los procedimientos electorales son tan solo una parte del vivir democrático, y acaso la menos importante. El fin de la democracia es la libertad, la cultura su método; y sírvela mejor en realidad, quien así la practica.<sup>35</sup>

---

ales de solidaridad histórica, sin devoción por los intereses colectivos, sin interés por la obra de sus escritores" (*ibid.*, p. 137).

34. "La colaboración de la prensa diaria en esta empresa y la honestidad de los intermediarios entre el autor y su público, son otras tantas fuerzas a las que hacemos un llamamiento para la nueva jornada" (en G. Gasió, *El más caro de los lujos...*, p. 32).
35. R. Rojas, *Historia de la literatura argentina*, t. V, p. 38. El tema es analizado en Miguel Vitagliano, "Paul Groussac y Ricardo Rojas o el lugar de los intelectuales", en Nicolás Rosa, edit., *Políticas de la crítica. Historia de la crítica literaria en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1999. Allí también se constata que Rojas se había opuesto a la ley Sáenz Peña, y que proponía que solo votaran los alfabetizados que practicaran el idioma nacional y conocieran la Constitución.



La cultura como “método” de la democracia permitiría resolver la contradicción entre el pueblo como fundamento de la soberanía y el pueblo como amenaza de la hegemonía oligárquica (y, no solo para la realización del “bien”, sino también de la “belleza”). No se trata de la sustitución del discurso racionalista y liberal de la democracia por otro nuevo, sino de la resignificación y reacentuación de los mismos postulados en un contexto en que la realidad material hace que sus contradicciones inherentes se tornen evidentes.<sup>36</sup>

La matriz de representaciones que subyace a la nueva alianza entre los escritores y el Estado del centenario fundamenta la posibilidad de concurrencia de las apuestas de ambas partes en la percepción del campo de la cultura nacional como espacio plenamente articulado. Rojas apuesta a la realización de la Primera Exposición Nacional del Libro como instancia, encuentro de los diferentes actores que intervienen en él:

Para lograr este espectáculo nuevo en América, han cooperado el gobierno y la sociedad, y al llamamiento de sus beneméritos organizadores, han respondido el escritor desde su bufete, el sabio desde su laboratorio, el impresor desde su taller, el librero desde su tienda, el maestro desde su cátedra, como si todos fueran, pues que lo son, articuladas unidades de una sola falange.<sup>37</sup>

---

36. Hasta tal punto las diferentes posiciones en torno a la democracia de estos escritores del centenario son todas respuestas a las mismas inquietudes, que Lugones, en sus conferencias en el teatro Odeón, publicadas en *El payador*, en las que, a diferencia de Rojas, rechaza la democracia, lo hace, más allá de las diferencias, apelando a un marco interpretativo similar de valores y desvalores. Cuando argumenta el valor educativo fundamental de la épica, expresa: “Esta definición un tanto ampliada del heroísmo, fue necesaria para establecer como es debido la naturaleza del poema épico y su importancia nacional, si cada individuo culto ha de tener conciencia de este fenómeno: con lo que no alabará servilmente, porque así se lo enseñó su texto de literatura, ni vituperará cometiendo gratuita insolencia. Una vez que le enseñemos lo que no sabe, dejará de proceder así. Con lamentarnos de ello o condenarlo, nada sacaremos de positivo. Todo hombre medianamente culto, puede comprender y debe saber lo que es un poema épico, y con esto gozar de sus bellezas [...] Si no lo experimentan, es porque lo ignoran. Con ello al mismo tiempo una obra de civilización; porque lo es de suyo, todo cuanto acostumbra a vivir en la familiaridad de las cosas bellas y nobles. A este fin ponemos esculturas en las plazas públicas y hacemos jardines para el pueblo. Los hombres vuélvense así más buenos y más libres, con lo cual se alcanza la máxima dignidad humana que consiste en la posesión de la libertad y la justicia” (L. Lugones, *El payador y antología de poesía y prosa*, p. 30).

37. En G. Gasió, *El más caro de los lujos...*, p. 30.

El Estado aparece como el instrumento de intervención capaz de articular y orientar la participación de la multiplicidad de actores que concurren en la dinámica de la cultura. Rojas sostiene que “solo la cultura organizada puede convertir los frutos de la inteligencia individual en un bien colectivo”.<sup>38</sup>

En relación con el punto en el que se encuentran los intereses del Estado y los de los escritores nacionales, el de la articulación de la carencia de una ciudadanía requerida con la carencia de un público lector educado, se funden ambas perspectivas con un nivel mayor de generalidad en torno de la problemática de la formación espiritual del pueblo. Por ello, serán los intelectuales quienes, sobre la base de su especialidad en el área del “espíritu”, deberán, tanto guiar la política cultural y educativa del Estado, como elaborar los productos culturales necesarios para una adecuada formación popular.

Esta función social que cabe a los escritores y legitima su lugar en la sociedad nacional es vislumbrada como una auténtica labor patriótica. La conferencia de Lugones se cierra con una convocatoria a los escritores nacionales contemporáneos a renovar los votos de su generación, responsables directos del nivel alcanzado por la cultura de los libros en Argentina:

Fue el mismo acto de fe magnífico y también muy argentino en cuya virtud cuando no éramos más que trescientas mil almas escasas hablaba el Himno ya del *Gran pueblo argentino*; ocurrencia de escritor, conviene ciertamente no olvidarlo. O la de designar a la pequeña Buenos Aires de 1810 como la *Gran Capital del Sur*, que más adelante la juventud del dogma socialista llamara a su vez la *Atenas del Plata*.

De estas tres magníficas realidades, la tercera y mejor [...] es fundación nuestra: la *Atenas del Plata* la hemos hecho nosotros.<sup>39</sup>

El rol de los escritores en la creación de la cultura nacional se plantea en continuidad necesaria y se equipara al de los héroes nacionales en la construcción de la nación independiente. Pero, a la luz de la distinción entre lo material y lo espiritual, entre la literatura y la política, no se confunde con éste. No se trata del escritor civil, para el que la literatura y la política constituían actividades indisocia-

---

38. *Ibíd.*

39. *Ibíd.*, pp. 76-77. Rojas, en el último párrafo de su introducción a *Historia de la literatura argentina*, lanza una convocatoria similar: “Los clásicos de la generación emancipadora llamaron a Buenos Aires ‘la Atenas del Plata’. No lo olvidemos nosotros, ni olvidemos que en la Atenas antigua el simulacro de Palas coronaba la Acrópolis como símbolo de las tradiciones y los ideales de su pueblo” (R. Rojas, *Historia de la literatura argentina*, t. I, p. 66).

bles. Como ha mostrado Julio Ramos,<sup>40</sup> hacia fines del siglo XIX latinoamericano, tanto la modernización del Estado como la de la actividad literaria han generado espacios relativamente independientes y separados de actividad, ligados a principios de legitimidad y valor diferentes.<sup>41</sup> La alianza entre escritores y Estado que se produce hacia el centenario persigue una síntesis tendiente a preservar (e incluso fortalecer) la autonomía de ambos espacios, aunque, desde luego, ello no significa que desaparezcan las tensiones y conflictos que la separación efectiva genera.

Por ello, Rojas, que despliega un discurso de integración desde el lugar de un representante de una institución educativa del Estado, se cuida, al mismo tiempo, de explicitar las credenciales que lo autorizan, anticipando posibles impugnaciones:

Y yo que también fui publicista rebelde en mis mocedades, yo que también exhibo aquí mis propias obras, yo que llegué a las funciones universitarias sin otro título que mis libros, vengo a regocijarme con mis camaradas en la primera fiesta pública de nuestros libros, celebrando que ellos y la universidad se hallen al fin unidos bajo una sola insignia, porque uno solo es el ideal que a todos nos anima en la empresa de la cultura nacional.<sup>42</sup>

No solo no se oponen el lugar del escritor independiente con el del funcionario de la educación, sino que la asunción de esta última posición es legitimada en función de la autoridad del escritor. La necesidad defensiva de traer a colación la calificación literaria específica para legitimar el rol del funcionario, de hecho, pone de manifiesto que, más allá de la apreciación auspiciosa de Rojas de que “han desaparecido las clasificaciones artificiosas, para que todos estuviéramos juntos”,<sup>43</sup> la deseada alianza entre los escritores y el Estado no disuelve, aun cuando concilie, las distancias sociales que los separan. ✱

Fecha de recepción: 10 mayo 2011

Fecha de aceptación: 30 junio 2011

---

40. Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

41. Rojas no es ajeno a esta realidad. En *Historia de la literatura argentina*, reitera con ahínco el juicio que celebra que las letras nacionales hayan por fin alcanzado el grado de profesionalidad y autonomía requerido por una auténtica literatura a partir de la separación de la literatura y la política. Y, en esta misma conferencia de 1928, lo sostiene como uno de los grandes logros de la actualidad: “Hemos fundado la jerarquía del pensamiento autónomo como función social” (en G. Gasión, *El más caro de los lujos...*, p. 31).

42. *Ibíd.*, p. 30.

43. *Ibíd.*, p. 32.